

Bob

Y su envidia hacia las abejas.

Caminando por las afueras del pueblo, sobre sus descuidadas calles, revisaba mi reloj de pulsera que por acto del demonio no avanzaba. Me dije a mí mismo, "Se ha estropeado". Qué poco me dura la tecnología en las manos. El reloj era digital, negro entero, de esos nuevos. Los números flotaban entre dos puntos sobre un gris lodo. ¿Cuándo me compré yo un reloj digital? Yo y las nuevas tecnologías no éramos compatibles. Kurt siempre me dice que tenemos un complejo con la época en la que vivimos. Era cierto. El cerebritito tenía razón, si fuera por mí, viviría en los sesenta o los setenta. O los cincuenta. Odiaba mi época, los años noventa. Kurt opinaba y anhelaba lo mismo. ¿Me lo habían regalado? Si bien recuerdo no me regalaron nada como esto en mi cumpleaños. Kurt caminaba a mi lado también.

- Oye- Le llamé la atención, pero estaba dándole cuerda a su reloj. El tenía uno de los normales de agujas.- Oye Kurt, ¿Desde cuando tengo yo un reloj así?- Le pregunté señalando el cacharro negro que abrazaba mi muñeca derecha.

No contestó. Siguió absorto en su reloj, dándole cuerda. Lo ignoré y seguí andando. Tenía la boca seca. Mirando alrededor aluciné al ver en las afueras (sitio poco visitado) nuevas casas, cuadradas y blancas como la nieve. Eran muy raras, de techo plano como los apartamentos de la ciudad.

- Kurt. Casas nuevas. Mira dónde vive esta gente. Es muy raro- Kurt daba cuerda incansables veces a su reloj. Sólo se escuchaba el sonido de los engranajes.- ¿Las has visto ya alguna vez? ¿Quién demonios vive aquí?

- Las construyó tu padre- Dijo Kurt mirando el reloj con el ceño fruncido. Parecía que no conseguía hacer funcionar correctamente la pequeña maquinaria.

- ¿Si? Qué raro, él no suele hacer... Oye ese reloj te está dando la lata, ¿verdad?

Kurt no contestó. Contestaba cuando quería, no solía tratarme así.

- Es que te veo ahí... Casi enfadado y dándole caña. ¿Quieres que te ayude?

Sin obtener respuesta lo ignoré y seguí andando a su lado, mirando las nuevas casas. Tropecé sin asustarme ni caerme. Cuando miré al suelo abrí los ojos tanto que incluso me dolió. La calle en ruinas que limitaba las afueras del pueblo ahora se transformaba, como por arte de magia, en una lisa acera blanca. Miré hacia atrás el pavimento negro resquebrajado y la tierra roja que quería hacerse pasar por acera. Me di la vuelta y, desde mi posición hasta lo lejos, estaban las nuevas calles limpias, lisas, blancas. Dentro de todo, raras. Kurt andaba mirando el reloj, dándole cuerda aún, sin importarle mi repentina observación. Lo alcancé y junto a él volvió el ruido de los pequeños engranajes. Cada vez más fuerte y punzante.

- Han hecho de esto un segundo mundo, ya has andado por aquí, ¿verdad?- Le pregunté.

Lo único que contestaba a mi pregunta eran los engranajes, hablándome en un idioma parecido al morse que yo desconocía. Me di cuenta de que Kurt no miraba ni a la calle ni dónde pisaba. Su atención había sido raptada por el reloj. Y dándole cuerda a éste, aumentaba el ruido haciéndose más agudo, creando ecos en mi mente que chocaban contra las paredes y revotaban sonando más fuerte.

- ¿Puedes dejar eso un momento?- Le pedí tapándome los oídos.

La falta de respuestas me estaba irritando, junto a los engranajes que ahora chirriaban y tampoco ayudaban mucho. No, no ayudaban en nada. Me estaban volviendo loco. ¿Qué le pasaba a Kurt? De pronto sentí un empujón en la cabeza y después un leve dolor en esa misma zona.

Abrí los ojos escuchando un, "Eh, ¡eeh! ¿Hola?". Tenía los tejidos del sofá delante. Levanté la cabeza y una forma borrosa alzaba lo que creo que sería la mano, moviéndola de lado a lado, insistiendo en su llamada desde la escalera.

- Gafotas, un amigo tuyo está al teléfono- Era la voz de Stacy siendo amable como de costumbre.

- ¿Qué quieres?- Seguía viendo borroso. No tenía las gafas puestas. No entendí nada.

- Yo nada, tu amigo que lo atiendas- Dijo. Escuché que subía las escaleras habiendo finalizado su mensaje y busqué las gafas.

Estaba en el sótano, tumbado en el sofá junto a un T-rex de juguete. Me habría quedado abajo durmiendo después de ver películas. Me senté un momento a recordar porqué no subí a la cama. ¿Qué hacía un T-rex a mi lado? ¿Qué hago yo por las noches? Empecé a sentir miedo de lo poco consciente que soy de mis actos. Había una nota encima de la mesa junto a dos cintas y un bolígrafo. Decía: "Toro salvaje: Aburrida. El resplandor: Comenzar desde el minuto 34:00". Ahora todo tenía sentido. Recordé que mirando "Toro salvaje" me entró sueño y me puse "El resplandor", ésta última me estaba gustando, pero tenía un sueño duro de ignorar. Recordé también, que alguien esperaba mi voz en su casa, al teléfono. Seguramente ese alguien era Kurt.

Me levanté rápidamente y antes de subir las escaleras vi una caja de la mudanza abierta. Dentro había juguetes de dinosaurios. Lo comprendí todo. "Esa desalmada me despertó lanzándome un juguete a la cabeza". Dentro de lo malo, tenía una buena puntería. Arriba, en el salón, el auricular blanco descansaba boca abajo en los cojines del sillón rojo, el mismo que ocupaba mi padre para ver la televisión.

- ¿Kurt?- Dije al llevarme el auricular a la oreja.

- Si, soy yo Bob. ¿Qué hacías?

- Nada. Me he despertado ahora mismo. Soñé contigo.

- ¿Si? ¿El qué?

- Pues...- El sueño había volado fuera de mi memoria, migrando a un buen escondite en mi cerebro.- Ahora no me acuerdo, pero recuerdo que estabas tú.

- Ah...- Sonó desilusionado.- Siento despertarte. Quería preguntar si te venía bien que vaya a tu casa hoy.

- No hace falta preguntar hombre. Puedes venir siempre que quieras.

- ¿A qué hora voy? Te dejo tiempo para que comas, y te duches y...

- ¿Qué hora es?- Pregunté interrumpiéndolo.

- ¿La hora? ¿Y tu reloj?- No contesté. En mi mente se alzaron dos paréntesis, recordando escenas del sueño, como flashbacks en una película. Kurt continuó rápidamente.- Pues... Son las 14:40.

- Heem... Puedes...- Las palabras no me salían. Por más que quisiera calcular la tardanza entre una ducha, preparar la comida y regar el jardín, no podía. Recordé los engranajes y, como un trueno, el susto me devolvió a la conversación vomitando una respuesta rápida.- ¡Ven a las cuatro!- Grité sin querer.

- De acuerdo. Tranquilo. Allí estaré.- Y colgó. Me quedé con el auricular en la oreja pensando en el sueño.

Un escalofrío me levantó del sillón y tomó mi mano para colgar el auricular, igual al policía que inmortalizó mis huellas dactilares cuando hizo mi documentación, asiendo mi mano y presionando los dedos con fuerza. Recordé a Kurt andando y dándole cuerda al reloj, la calle nueva. Borré el sueño de mis pensamientos y fui a la cuarto de baño.

Me duché rápido con agua fría y elegí con cuidado la ropa de hoy. A Kurt le importa un comino su vestimenta, como se presenta a los demás, pero yo en ese aspecto me tomaba mi tiempo. Me puse unos mocasines grises de tela sin calcetines debajo, unos pantalones de mezclilla negros cortos y un polo blanco. Intenté peinarme un poco ante el espejo, pero mi pelo negro y duro era desmotivante. Por eso lo llevaba corto siempre, a cuatro centímetros o cinco como máximo, igual que mi padre. El maldito Kurt contaba con pelos finos como hilos marrones. Se lo corta a menudo, aunque últimamente lo tenía bastante largo tapándole las orejas. No le envidio tanto, cada uno con lo suyo. Virtudes y defectos. Bajé y corté varias hojas de lechuga, un tomate y rodajas finas de queso de cabra. Puse el queso de cabra un minuto y

poco más en el microondas para que se derritiese sobre un pequeño plato y, mientras, freía un filete de ternera, con pocas especias, poco hecho. Con el queso por encima de la ensalada y algunas nueces, molidas y enteras, había terminado.

Dejé los mocasines en el lavadero y salí descalzo a mi jardín. Mi jardín. En la casa lo usan como un estudio de arte a veces, y otras personas indeseables se ponen a leer y tirar colillas al césped. Es MI jardín. Yo soy el único que lo cuida. Sin mi presencia las lombrices llorarían en una tierra escasa de microorganismos, las mariposas escupirían asqueadas el néctar de flores muertas. No, ni se acercarán porque no habría flores de las que beber. Me senté en el porche y empecé por el filete antes de que se enfriara, pinchando a la par tomate y lechuga con el queso derretido, antes de que éste se enfriara también.

Poseía orgulloso uno de los mejores jardines del pueblo con diferencia. Uno de los mejores y no el mejor porque había personal en este pueblo totalmente dedicado, incluso con invernaderos. Yo tengo un huerto con sistema de goteo, en el que crecen tomates y algunas legumbres de mi agrado. En realidad, con poco interés de mi parte, sólo para trabajar la tierra y plantar algo bueno de verdad. Quizás un Naranjo o dos. Rodeando todo el jardín tengo rosales de considerable envidia y algunas típicas flores más. Pero lo que de verdad importa son los rosales. Y por último y más importante, a una esquina del jardín, dentro de una caseta con herramientas, abonos, insecticidas y repelentes; he construido con gran ayuda de mi padre, principal inversor y maestro de obra, dos grandes colmenas.

La caseta se abre entera por detrás, para que de las dos colmenas salgan las obreras a recoger néctar y polen de mi jardín. Mi padre y yo somos fanáticos de las abejas y la apicultura. Tenemos una colmena muy productora habitada de las sencillas y famosas obreras de la familia Apidae, con una reina a punto de dejar su cargo (este verano la tenemos que cambiar). Pero no sólo lo hacemos por el fin material que supone la colecta de nuestra propia miel, cera y jalea real; aprendimos a criarlas y con esfuerzo conservamos una

especie en extinción que habita la otra colmena. Esta especie desciende de la familia Andrenidae, son abejas negras con un vuelo muy sonoro. Las colmenas, altas como armarios, nunca son invadidas por la colmena vecina y desde hace un año están en exponencial reproducción. Nos costó mucha dedicación el cuidado de las larvas, el paso del invierno y varias modificaciones en los armarios, pero están dando frutos. Todo el material es importado. Ahumadores, trajes, el centrifugador para la miel, palancas, rejillas que separan las reinas. El mundo de la apicultura es alucinante y difícil de comprender.

Tengo una vida sana, tranquila dentro de lo que cabe y sin preocupaciones económicas. Todo eso parece muy bueno, pero podría ser mejor. Y el hecho de que sea verdad, que podría ser mejor, me entristece y me da rabia. Una especie de abeja africana viaja por correo en forma de larva hasta la colmena que mi padre y yo construimos. Tras largos meses conseguimos completar el número necesario para que se formen y continúen su vida; arreglando el panal y las celdillas, llevando néctar y polen, protegiendo la colmena, y, si todo funciona bien, la reina depositará nuevos huevos estirando la vida, manteniendo la especie. Esas abejas habían conseguido sobrevivir, y más aún, vivir cómodamente después de un cambio tan brusco, dejando a un lado la intervención humana. Entonces, ¿Yo podría vivir mejor? Claro que si. Sé exactamente como: Viviendo en los años cincuenta, con mi familia, en una granja. Ganándonos la vida como quien dice de la tierra y de nuestro esfuerzo.

Sentía envidia hacia las abejas. Hacia esas abejas negras que salieron adelante. Si pudieran encerrarnos en una caja, llevarnos atrás en el tiempo y dejarnos en una casa con campos arados, yo, sería muy feliz. No desearía otra cosa más. Alejado de la nueva tecnología incomprensible que, encima, exige ser comprendida y comprada, de los nuevos vehículos cada vez más veloces, apartado de calles pegadas y ruidosas, sin escuchar que el mundo se va al traste, ni conspiraciones, ni gente alta y verde que viene a conquistarnos. ¿A quién le gusta esto?

Seguí a una de las abejas negras que volaba con un sonido distinguido, llevando mi vista hacia los

rosales de mi derecha, tapados por Kurt que, parado con las manos a sus espaldas, me sonreía. Llevaba las mismas zapatillas de deporte blancas de siempre, con un bañador celeste y una camiseta blanca con círculos naranjas. Aleatorio, desinteresado, con apuro. A él le gustaban los tipejos verdes conquista-mundos que volaban por hay.

- Dime-por-favor, ¿Cuánto tiempo llevas ahí?- Le pregunté al instante.

- Pues...- Tuvo que pensarlo, haciendo cuentas relativas mirando al cielo.- No lo sé sinceramente, creo que unos cuatro o cinco minutos- Dijo acercándose.

- ¿Por qué no has dicho nada?- Kurt era así de raro. Tenía ocasiones en las que demostraban ser muy listo, interesado y curioso, pero a la vez, en otras distintas parecía un alien vestido de Kurt que tomaba nota de todo y después informaba a los compinches: "Es el momento que esperábamos, atacad".

- No sé Bob- Dijo barriendo el tema y sentándose a mi lado.- Te veía tan concentrado mirando abejas... no quería sacarte de ahí, te dejaba tu tiempo.

Se acomodó y se quedó mirando una abeja que caminaba por la mesa. Yo también me quedé mirándola. Era normal, no de las negras. La abeja levantó vuelo segura de no haber encontrado ninguna mina de néctar.

- No miraba las abejas- Dije.

- ¿Qué mirabas?

- Nada en concreto.

- Bueno, pero en algo pensabas, eso seguro- Dijo en tono pensativo. Buscaba enterarse, y aunque no tuviera ganas de hablar otra vez del mismo tema se lo conté igualmente.

- Es por el complejo ese del que tú hablas. Tienes razón. Cada vez que algo nuevo enloquece el mundo, más ganas tengo de vivir en otra época.

- Yo a veces también lo deseo. Pero ninguna época es la mejor y hay cosas malas en cada una de ellas.

- Si, pero no tan malas como en esta. Cada vez vamos a peor- Pensé lo que dije y rápidamente me corregí.- "Van" a peor.

- No digas eso hombre. Qué negativo...- Dijo sonriendo, con un tono jocoso y algo insultante.- No creo que estemos yendo a peor, o que los que "mandan"

estén yendo a peor- Dijo escribiendo dos comillas con los dedos.

- Me gustaría pensar así. Despreocuparme, pero en cualquier momento una nueva prueba o... acto o acción del ser humano me hace despreciarlo más que antes. Por eso no quiero ver la tele ni los periódicos.

- Si... Además de lo aburrido que es un periódico.

La charla finalizó en ese momento. El silencio se sentó con nosotros y trajo paz a nuestro alrededor; también vinieron con él pensamientos y divagaciones para Kurt y para mí, de forma íntima, sin que yo supiera que pensamientos le había traído a Kurt, ni él que ideas me había obsequiado a mí. Se me ocurrió continuar con la partida de ajedrez.

- ¿Quieres continuar la partida?- Pregunté.

- Si- Tardó en contestar.

- ¿Has traído las posiciones anotadas?

- Si, pero no hace falta, confío en ti.

- Ya, y yo en ti, porque guardé el ajedrez y después caí en la cuenta de que las fichas estaban ahí por nuestra partida.

Kurt abrió bien los ojos, los entrecerró y después frunció un poco el ceño.

- ¿Tú? ¿Desechando una partida? Ajedrez-Bob-Olvidar. Esto es raro.

- Tú sí que eres raro- Dije levantándome.- Y un exagerado, vamos al sótano, se está bien fresco allí.

Antes de bajar Kurt me pidió unos cacahuetes pelados con almendras que siempre tengo en mi casa, vienen en cajas de plástico envasados al vacío. También me llevé abajo una docena de bombones. Intentaba alternar la compra, pero casi siempre compraba los mismos, he probado todos los sabores y, de la tienda, lo mejor son los bombones de chocolate blanco rellenos con un poco de mermelada de fresa. Sin exageraciones como las de Kurt, son lo mejor de la tienda.

Instalándonos en el sofá, ordenando las piezas en el tablero con ayuda de la nota, Kurt dijo algo que no me sentó muy bien.

- Últimamente la memoria te falla, ¿eh?

Tuve que plantearme la frase varias veces mirándolo, él alzó la vista y me dedicó una sonrisa burlona. Ni que hubiera descubierto un gran fallo,

como si hubiera ganado un premio en reconocimiento a la investigación psicológica de Bob.

- Fue una partida. Volví después de acompañarte, arrastré todas las piezas y cuando las estaba guardando me di cuenta de que había estropeado la partida- Expliqué a un niño de cinco años.- Luego me dije, "Bueno, da igual. Kurt tiene anotadas las posiciones". Fin.

- Tranquilo- Dijo riéndose.- Una de las sagradas partidas de ajedrez, un sueño... no sé, se te escapan cosas Bob.

Se me pusieron los pelos de punta. "Se te escapan cosas Bob". Había retirado el sueño de mi cabeza, había conseguido olvidarlo y me lo ha recordado. ¿Por qué se lo contaría?

- Era...- Me figuré las imágenes en mi mente y con la tardanza tenía la atención de Kurt.- Creo que dábamos una vuelta por las afueras del pueblo... y, no me acuerdo muy bien, tú le dabas cuerda a tu reloj y yo tenía uno digital.- Kurt puso una cara de total desconcierto arqueando una ceja. Era una cara muy cómica.- Había casas nuevas... yo qué sé. Una cosa muy rara. He olvidado parte, no el sueño entero.

Kurt paró de situar las piezas en el tablero y se quedó pensando, mirando un punto inexistente en este mundo. Terminé de poner las piezas por él y comencé con un movimiento extremadamente ofensivo del alfil, pues me tocaba a mí.

Después de pensar un rato mirando el alfil, antes de tocar la pieza que pensaba mover, un caballo que caería en la trampa, habló.

- Terry tiene buenas teorías sobre los sueños. Los apunta y...

- Si, Terry apunta hasta cuantas veces parpadea por día- Dije mirando el alfil. - Venga, ¿Qué vas a hacer?

- Como decía... los apunta y después los asemeja a experiencias propias, o los descifra y les da forma de: "Reflexiones inconscientes"- Dijo protegiendo con la reina la torre que sería víctima del alfil.

- Si, muy agudo. Estas inconsciente y reflexionas, me encanta- Dije protegiendo el alfil con un peón por detrás, en diagonal.

Después de unos minutos comiendo cacahuètes y almendras Kurt no dijo nada. Nos llevamos un bombón a la boca pensando. Me tocaba mover a mí, teníamos una partida bien liosa, con piezas bien protegidas, pero yo, marcando una gran ventaja, ya había distraído y congelado a la reina de Kurt. Intenté diluir las estrategias conversando.

- ¿Qué tal ayer con Terry? ¿Aprendiste algo valioso?- Pregunté.

- ¿Intentas cambiar el foco de mi concentración? O ¿De verdad te interesa?- El cerebritito me conocía bien. No levanté la vista del tablero.

- Me interesa, si no son cosas demasiado raras.

- Me gustaría saber qué es para ti "demasiado raro", "raro" y "normal".

- ¿Sabes lo que pasa?- Dije después de amenazar con un caballo.- Aquella vez que fuimos a su casa, en una de sus libretas vi un perro muerto y flipé mil quilos. No por ver un perro muerto, me da pena, un poco de asco y me importa poco.- Kurt torció la boca al ver el caballo en esa posición desafiante y me miró dejando a un lado el ajedrez.- La cosa es que el lunático de Terry le sacó fotos desde muchísimos ángulos, y encima, lo movió y sacó fotos a diferentes órganos.

- También a un caballo muerto en una granja de las afueras- Kurt me miró pensativo.- Así que era eso... ¿Eso te asustó tanto?

- ¡Era macabro! ¿Un caballo tamb...? Oye, Kurt, da igual. Déjalo. Seré yo el rarito que no saca fotos a animales muertos.

- Pero que no es por...- Kurt sonrió levemente como si hablara con un tonto. Se están volviendo todos majaras.- Bob, eso lo hace para diferenciar los órganos, es ciencia, anatomía de diferentes animales.

- Claro, ahora es totalmente normal. Mueve.

- Y yo dándole vueltas a ese día. Si hubieras visto las fotos del caballo hubieras vomitado.

- Seguramente. Mueve, te toca.

- Espera- Dijo volviendo al tablero y pensando.- No se puede diseccionar un animal todos los días para estudiar órganos y anatomía- Volvió a explicar, queriendo defender a Terry, como siempre hacía cuando se ponía en duda lo que hace.

- Kurt, Mueve. O piensa. Lo que sea menos recordarme al perro.

- Vale, vale- Dijo riendo.

Pasaron varios minutos. Kurt pensaba, y yo más todavía, intentando adivinar que iba a mover. La partida estaba en un punto donde todo podría cambiar, a mi favor o en mi contra. Los bombones desaparecieron y unas pocas almendras sudaban la gota gorda antes de ser devoradas. Kurt respiró hondo y por fin parecía haberse decidido.

- Pues... no voy a mover- Dijo finalmente.

- ¿Qué me dices? ¿Por qué? Ya casi terminábamos.

- No, en realidad ya ha terminado- Con esto me confundió rotundamente.- He estado un rato pensando los movimientos que podría hacer y... haga lo que haga será neutralizado y movimientos después será jaque mate- Explicó.

- Vaya. ¿Enserio?

Kurt tardó un rato, pero igualmente me explicó de izquierda a derecha todos los movimientos inútiles, los que parecían útiles y desembocaban a un suicidio y los que me darían la oportunidad de ponerlo en jaque.

- Cada vez este juego se te da mejor- Le dije con sinceridad.

- Si, bueno. Entiendo lo que puedo y no puedo hacer, y voy probando siempre de que modo pillarte. Jugar con tu padre debe de ser la muerte instantánea.

- Pues si la verdad- Lo era, en efecto.- Aprendo únicamente porque me resalta los fallos. Oye, ¿vemos unas cuantas películas?

- Por mi bien.

Le enseñé la lista en la que anotaba las que había visto y mi opinión general sobre ellas. Descartando las aburridas quedaban pocas de el género que le gustaba a Kurt. A él le gustaban las de ciencia ficción y a mí, más que cualquier otro género, las de detectives o los thrillers. Acabamos viendo la primera película de Star wars, "A new hope"; pero, en realidad, no era la primera, era el episodio numero cuatro... y yo me pregunto, ¿Por qué empezar por el cuarto y no por el primer episodio? Sea como sea, la película era alucinante y se entendía bien a pesar del orden cronológico que seguía.

No me había llamado la atención hasta ahora, y tenía el episodio cinco. Decidimos ponerlo muy ansiosos y enganchados a la trama después de unas bromas sobre C3PO y una pausa en la que preparé algo para comer. Subimos a la cocina, y arriba, en el salón, estaba mi madre. Parecía haber llegado hace un buen rato. Se había descalzado y recogido la melena rubia para estar cómoda, llevaba sólo una camisa celeste lisa encima y unos vaqueros. Estaba montando cosas raras en la mesa del salón, con los brazos cruzados, mirando fijamente un cosa hecha de cajas y latas.

Pareció reparar en nuestra presencia y saludé.

- Hola mamá.

- Hola Fiona- Dijo Kurt.

- Hola chicos, ¿qué tal todo?- dijo acercándose.

- Bien. Bien mamá, y... ¿Dónde has almorzado hoy?- Pregunté.

- En casa de unos amigos en el centro, he comprado pinturas también- Contestó y pasando una página volvió la vista a Kurt.

- Hola Kurt. ¿Qué tal estás?- Dijo acariciándole la cara.

- Bien.. muy bien- Dijo Kurt casi desprovisto de habla.

- Qué guapo estás Kurt- Le dijo mi madre.

- Gra... Gracias- El pobre Kurt no podía con ello. Lo comprendía.

Ligero dato que me causa mucha molestia. Desde que soy pequeño, y quiero recordar con buena memoria, he sabido que mi madre ama más al resto de niños y hijos que al suyo, osea yo. He sido testigo de su muestra de cariño a los hijos de sus amigas cuando vamos a cenar a otra casa, de las caricias, piropos y consejos que les da. Siempre ha acariciado de forma muy insistente a mis amigos, pero que muy insistente. Creo que cada uno siente una particular vergüenza ajena de sus padres, aunque sea en pequeñas costumbres o cosas que hagan, detalles tontos que avergüenzan a uno indirectamente, pero, ¿esto? Esto supera la vergüenza.

- Mamá ya está bien, deja al pobre Kurt, le vas a borrar la cara- Interrumpí.

- Mira que eres celoso- Dijo mi madre cesando sus mimos.

- ¿Qué está construyendo?- Preguntó Kurt. Mi madre miró en la mesa la basura amontonada. De nuevo a Kurt.

- Oh, es un pájaro hecho de latas, cajas, tapas y demás. Ven mira.

No sé si Kurt pensaba darle coba a mi madre para algo en concreto. No sé si le interesa el "arte" o quería ganarse aún más el cariño de ella, pero en lo que se refiere a mi atención, los dos, la habían perdido.

En la cocina pensé que podríamos comer viendo el quinto episodio. Tenía ganas de algo que rompiera los límites de lo salado y algo extremadamente dulce, pero ya no tenía bombones. Quería una combinación buena entre los dos extremos de sabores. Lo más simple para ver películas, o mejor que simple, lo tradicional son las palomitas. De ellas me vino una idea y comencé a preparar todo.

Saqué un bol para palomitas y otro para cortar fruta. Puse granos de maíz dentro del bol mezclados con mantequilla y sal, y con una tapa, lo metí en el microondas. Lo puse unos pocos minutos y corté de mientras manzanas, plátanos, mangos, naranjas y un kiwi. Antes de terminar de cortar ya habían comenzado a sonar los granos de maíz anunciando su evolución. Terminé con la fruta y esperé atento, pues el buen arte de hacer palomitas sólo se diferencia de un minuto, el minuto en el que se te queman o en el que decides que ha llegado la hora de sacarlas del calor. Se pueden preguntar dónde está el límite, muy fácil, es como los relámpagos y el tiempo entre uno y otro, cuando suenan cada vez con más distancia de tiempo entre ellos sabemos que la tormenta se va; con las palomitas, cuando suenan cada vez menos es cuando hay que estar atento y nunca dejar que suene la última. Esto seguro que Terry no lo estudia.

Vacíé las palomitas en otro bol y separé los granos que no habían llegado a transformarse. Puse queso cheddar en un plato pequeño y una tableta de chocolate troceada con agua en otro, para que en el microondas se derritieran dándome el elemento cúlmine de los platos. Cuando todo se había derretido, separé la mitad de palomitas en otro bol, y le agregué la mitad del queso cheddar derretido, puse el resto de palomitas encima y, sobre éstas la otra mitad de queso

derretido, para que estuvieran saborizadas al completo. Lo mismo hice con el chocolate derretido y la ensalada de frutas, pero a la ensalada le agregué algunos frutos secos. Con todo terminado y dos pequeños tenedores bajé al sótano avisándole a Kurt.

Él bajó a los dos minutos, yo estaba poniendo la película.

- ¿Eso es para la peli?- Preguntó señalando las palomitas y la ensalada muy impresionado, con una gran sonrisa.- ¡Bob te has pasado muchos miriámetros!

- Jajaja ¿Y eso cuánto es?

- Pues... muchos kilómetros, ¿De verdad piensas comer todo eso?

- Si no quieres es para mí- Dije tirándome al sofá

- No, tranquilo ya te ayudo.

En el exterior, por encima de conglomerado, madera, habitaciones y vigas, la luz se estaba despidiendo. Lo sabía porque en las ventanitas rectangulares de la pared que están pegadas al techo, sobre estanterías abarrotadas de cajas, se veía poco iluminado el exterior.

Apenas entraba luz. Encendí la bombilla del techo iluminando las cintas, la postura rígida semejante a una estatua de Kurt en el sofá y el desolador interior de cada bol. Lo dejé un rato solo pensando en lo bueno e intrigante que había sido el episodio cinco, y fui a por algo de beber a la cocina. Saqué dos latas de refresco de la nevera y me disponía a bajar otra vez, cuando vi a Robert, mi padre, sentado en el sillón y con una sonrisa bien grande saludándome levantando la mano. Tenía la corbata desajustada por encima de la camisa blanca y los pantalones chinos azul marino remangados hasta las rodillas por el calor, dejando a la vista los zapatos de cuero, impolutos y elegantes que tanto me gustan. Acababa de llegar seguro.

- Eh, ¿qué tal hoy?- Pregunté.

- Aburrido, muy aburrido. Tuve que revisar bocetos de estudiantes y pasarme el día en la oficina, llamando y comprobando contratos para una nueva edificación- Se estiraba hacia atrás el pelo y suspiraba.- No sabes el calor en las oficinas.

- Tuvo que ser un espanto.

- Lo era...-Dijo cerrando los ojos, apoyando la sien izquierda contra el puño que sostenía su cabeza.- ¿Tú qué has hecho hoy?

- He estado viendo películas con Kurt.

- Con Kurt- Repitió.- Me gusta mucho ese chico. Parece muy despreocupado de todo, con mucha paz.

- Bueno...- Sonreí.- Pacífico si que es.

- Oye, no te olvides que dentro de poco hay que cambiar la reina y recolectar la miel. Pronto acaba el verano. He pedido recambios para el centrifugador junto a una reina nueva.

- ¿Llegará viva?

- Eso espero.

- En tu próximo descanso podríamos encargarnos de la recolecta- Él asentía.- Ah, una cosa papá, hemos visto las películas de Star wars.

- ¡Vaya! Mira que tenéis suerte- Se adelantó.- Cuando compré el primer reproductor de cintas, sólo pude ver el episodio seis antes de que se estropeara, me faltan las otras que te he comprado, en mis descansos me gustaría verlas contigo.

- Está hecho. ¿Tienes el episodio seis?- Pregunté extasiado.

- Claro, compré varias de ciencia ficción, de las que me gustan a mí, y esa fue una de ellas- Se quedó pensativo un rato mirando al suelo, frunciendo el ceño.- Ahora no recuerdo bien donde estaba, creo que en alguna caja del sótano. Busca en las cajas de mudanza.

- Eso haré. ¡Gracias!

- Que os divirtáis- Dijo sonriendo.

Bajé a contárselo a Kurt, podíamos ver que pasaría en el lejano futuro, fuera, en otras galaxias. Salté los últimos seis escalones y Kurt levantó la cabeza del sofá de un susto.

- ¿Has visto un alien?- Me preguntó sonriendo.

- No, he visto a Darth Vader.

- Estas majara- Dijo riéndose por mi improvisada respuesta.

- No, ahora de verdad- Dije dejando las dos latas sobre la mesa.- Mi padre está arriba en el salón, y me ha dicho que el episodio seis esta aquí, en el sótano, en una de esas insignificantes cajas marrones junto con insignificantes objetos sin valor.

- Debe ser broma.

- No, es verdad.

- Esto es una broma pesada de tu padre- La verdad, es que hacía bromas muy a menudo.- Seguramente te la compre mañana y te ha dicho eso para reírse un poco viéndonos buscar como locos.

- No- Dije con una seguridad que sorprendió a Kurt.- Hablaba en serio, esa cinta está aquí y no la estamos buscando.

Kurt abrió los ojos con una graciosa cara de circunstancia y se levantó del sofá.

- ¿Dónde buscamos?- Preguntó.

- En cada caja lumbreras.

Nos entregamos a la tarea rápidamente. Empezamos por la estantería donde se alojaba el televisor con el reproductor de VHS. Mirar dentro de cada caja era un suplicio, pues había muchas, pero el objeto era tan característico que no hacía falta mirar y rebuscar mucho, contando también con el considerable tamaño que tiene una cinta. A veces nos emocionábamos pensando que habíamos dado con ella, pero era otra película, que igualmente, guardábamos para ver después. Acabamos con la estantería de esa pared y continuamos con la siguiente, la de la derecha, paralela a la escalera. Ésta nos llevó mucho tiempo siendo la pared que más estanterías tenía, y por lo tanto, muchas más cajas. Nada. Abrimos las latas de refresco y bebimos a la vez para despachar después las últimas cajas. Como en la pared donde pinta mi madre no hay estanterías ni cajas, sólo quedaban cajas a pie de la escalera. Sentado en el suelo revisaba una de las últimas cuando me preguntó algo Kurt.

- ¿Esto qué es?

- ¿El qué?- Levanté la cabeza intentando mirar.

No conseguía ver lo que Kurt señalaba. Me levanté por completo, y siguiendo su dedo índice vi en la pared un hueco en forma de rectángulo pegado al suelo, como una de las alcantarillas que están en los bordillos de las calles.

- Pues... no sé- No había visto eso en mi vida.

- ¿Una trampa para ratas?

- ¿Qué dices? En mi casa no hay ratas.

Kurt se quedó mirando el hueco. En mi casa no había ratas, estaba más que seguro. Kurt se tumbó y con la cara pegada al suelo miró dentro.

- No veo nada, pero creo que hay dos agujeros para que entren las ratas.

- ¡En mi casa no hay ratas! Espera y verás.

Subí rápido al lavadero y busqué en los cajones una linterna. No la encontré. Salí al jardín, entré en la caseta donde zumbaban las colmenas y busqué en la caja de herramientas. No tardé en encontrar una linterna negra. La encendí. Funcionaba perfectamente. Volví a casa y bajé las escaleras.

- Ya verás que no hay ratas- Le dije a Kurt dándole la linterna.

Pegó la cabeza otra vez al suelo y alumbró el interior. Desde donde yo esperaba no se podía ver lo que había dentro, sólo se veía el suelo iluminado que continuaba dentro del hueco. Kurt no decía nada.

- ¿Qué hay?- Pregunté sabiendo que no diría nada asociado a las ratas.

- Pues dos manijas- Dijo sin mucho entusiasmo.

- ¿Dos qué?

- Dos manijas, dos llaves como las de un grifo- Contestó.- Míralo tú mismo- Se levantó y me dio la linterna.

Pegué la cabeza al suelo, y en efecto, en el fondo del hueco, se encontraban dos llaves metálicas. Cabían dos manos para girarlas.

- ¿Pero esto qué es?- Pregunté al aire por si me contestaba.

- Eso mismo me pregunto yo, pensé que lo sabrías- Dijo Kurt mirándome fijamente, sentado en el suelo a mi lado- Eso en mi casa no está.

- Bueno, mi padre ha reconstruido esta casa, él sabrá que es esto- Supuse para limpiar la importancia que dos simples llaves no tendrían que tener- Serán para el agua.

- No creo.

Kurt haciéndose el listo una vez más. Lo ignoré, me levanté y me senté al lado de las cajas buscando la película.

- Ninguna cañería pasa por aquí. Nada de aquí abajo necesita agua, entonces no hace falta, sería

algo inútil y, supongo que tu padre eso lo sabrá mejor que yo.

- Está bien fontanero, ¿por qué no buscamos la película?

- ¿Puedo darles unas vueltas?

No pude evitar entrecerrar los ojos mirándolo, pensando si de verdad había escuchado eso. Kurt es muy raro. Lo pensé más veces de lo que hacía falta y antes de contestar él volvió a hablar.

- Tengo curiosidad por saber qué hacen estas manijas- Dijo sonriendo, a mi parecer, con cierta vergüenza por lo raro que sonaba.

- Kurt, si te hace feliz, gíralas. Yo voy a buscar la cinta. Si pasa algo en el agua de mi casa serás tú el que lo arregle.

- Contaré las vueltas que doy para dejarlo todo tal cual.

- Bien.

Finalizada la charla más rara y banal de mi vida volví a buscar la película. Quedaban dos cajas, iba ansiosamente cada vez más rápido, apartando cosas inútiles. Si era una broma de mi padre, lo descubriría en pocos minutos; si era verdad, que era cien por cien seguro, lloraría de la felicidad abrazando la cinta. Apartando periódicos y revistas un tanto antiguas vi la portada. La saqué de ese rincón sin valor y con una gran sonrisa de satisfacción iba a enseñársela a Kurt, pero un sonido contundente me descolocó el cerebro y el equilibrio, abriendo mi mano y dejando caer la cinta de nuevo en la caja. Por un momento sentí que mi ser se desplazó fuera a dos centímetros de distancia y volvió de rebote. Me levanté algo aturdido lentamente tapándome el oído derecho, y vi a Kurt de rodillas, con las manos dentro del hueco girando las dos metálicas manijas a la vez. Desde algún sitio, detrás de la pared, podían escucharse los sonidos progresivos de engranajes, chocando y avanzando, ayudándose mutuamente. Kurt fruncía el ceño y miraba a la nada, aguzando el oído. Sentí pánico.

- ¡Deja de hacer eso!- Grité. Y el sonido paró.

Kurt sacó lentamente las manos del hueco, mirándome con los ojos muy abiertos, asustado por mi reacción.

- Lo siento Bob. Tranquilo- Me dijo intentando tranquilizarme.

- ¿Escuchas..?- Recobré un poco el aliento. Kurt esperaba de rodillas de espaldas a la pared, mirándome con preocupación- ¿Escuchas ese sonido?

- Si, es algo así como...- Se tomó su tiempo pensando.- Como engranajes.

Escuchar esa palabra en su boca me alivió, no era el único que escuchaba ese sonido infernal, pero si el único que sufría al percibirlo. Kurt, con una cara muy rara, pegó la oreja a la pared y dio unos golpes. Después metió las manos dentro del hueco y, sin interesarle mi desagradable episodio, con la cabeza pegada a la pared volvió a girar las manijas. Esta vez el sonido no me hizo ningún daño, o por lo menos no me causó molestia alguna. Peor aún, me hizo recordar el sueño. También recordé al maldito Terry y sus teorías, parecía que todos los cerebritos majaras del mundo iban a tener razón hoy.

- Esto no me esta gustando nada- Dije.

- Son muchos engranajes, con la oreja puesta se escucha el eco de algunos más grandes que...- Kurt paró la frase en seco y se quedó mirando al frente sin ninguna expresión.

- ¿Qué?- Sin respuesta continué.- Oye esto no me gusta nada Kurt, se parece un poco a mi sueño y... eso me aterra.

Kurt giró la cabeza rápidamente mirándome sin expresión todavía, atento por algo que dije.

- ¿Se parece a tu sueño? ¿En qué?- Preguntó al fin.

- No sé muy bien, un aire, una impresión... cosas parecidas.

- Bob, ahora necesito que contestes una pregunta- Dijo muy frío.

- ¿El qué? ¿Cuál?

- Necesito que seas sincero, ¿para qué sirve esto?- Dijo señalando el hueco.

- Y yo qué sé para qué sirve, no sabía ni que estaba ahí.

- Entonces eso de ahí es un misterio- dijo señalando la pared de enfrente.

Al girar la cabeza y dirigir la atención donde su dedo señalaba, vi luz saliendo de la misma pared donde se situaba el hueco, iluminando parcialmente las cajas que había hurgado. Kurt se levantó y nos acercamos

juntos a mirar de cerca. Pegado a la esquina y al suelo un trozo de la pared, con el tamaño de una puerta de un horno, se deslizaba hacia la derecha dejando un pequeño resquicio por el que pasaba una luz blanca iluminando la pared que mi madre utilizaba para pintar. No había ni un pomo, ni bisagras, ni una ventanita para mirar dentro, esa "puerta" se hundía y se encajaba perfectamente a la pared.

Kurt pegó la cabeza a la pared salpicada de pintura seca e intentó mirar dentro, pero quitó de golpe la vista cegado por la luz blanca que salía hacia fuera.

- Vuelve a cerrarlo ahora mismo- Dije directo sin más que investigar.

- ¿De verdad que no eras consciente de la existencia de esto?- Preguntó ignorándome.

- ¿Cómo lo iba a saber?- No. No sabía que en mi sótano, a pie de escalera, había un hueco en la pared con dos manijas dentro que abría lo más parecido a una trampilla.

- ¿Qué habrá ahí? ¿Por qué saldrá esa luz tan intensa?

- No lo sé Kurt. Ciérralo ya.

- Vale vale, es que es muy raro.

Kurt giró las manijas y los engranajes volvieron a cantar la misma canción infernal. Dirigí mi atención a la "puerta" que se deslizaba lentamente, hasta unirse a la esquina emitiendo un "click" procedente de los engranajes que demostraban haber finalizado su tarea.

Nos quedamos callados un tiempo ciertamente muy relativo. Seguro que no había dado lugar ni a un minuto de silencio siquiera, pero en mi cabeza fueron muchos más. En la de Kurt seguramente fue igual. Él se había puesto de pie después de girar las manijas y se había quedado quieto, mirando la esquina, sin hablar, pensando en un millón de cosas. Al igual que yo, no había forma de que supiera que era eso; y la curiosidad nos comía literalmente, engullendo sin parar cualquier otra distracción, pero yo deseaba acabar con esa situación tan desconcertante y vacía de sentido.

- Sabes, justo acababa de encontrar la cinta- Dije acercándome a la caja.- Vamos a ordenar esto y ver el episodio seis de una vez.

- Bob- Dijo Kurt lanzando un suspiro.- No quiero incomodarte, pero, ¿es que no quieres saber qué hay ahí?

- No- Mentí rotundamente.- Quiero ver esto- Dije levantando la cinta.

- Bueno, en realidad, las dos cosas son muy... ¿Apetecibles? ¿Ambiciosas?

- Pues yo quiero ver la película, no lo que hay ahí.

Me levanté y empujé una columna de cajas contra la esquina, Kurt comenzó a ordenar las otras también. No dijimos ni una palabra. Mi mente volvió a pensar en esa luz, en los engranajes, reviviendo recuerdos del sueño. Por más que quisiera distraerme ya nada podría hacerlo, era inútil intentarlo. Yo también ansiaba saber lo que había ahí.

- Sea lo que sea- Comenzó Kurt a hablarme, pero yo no quería escuchar-, ahí dentro no puede haber una luz tan intensa, ¿no crees? ¿Qué hay? ¿Un foco pegado funcionando a todas horas? ¿Funciona cuando lo abrimos?- Planteó sin cesar cada una de sus cuestiones.

- Kurt yo no soy el que construyó esa "trampilla" o lo que sea. No sé las respuestas.

- Sólo quiero saber tu opinión, lo que supones que será eso de ahí- Dijo mirando la esquina.

- No tengo opinión. No lo quiero saber. Me da igual

- Bueno, es cierto que no eres el constructor. El que lo debe saber es tu padre.

- Si y, ¿sabes qué? Quizás él guarde algo privado ahí, algo que únicamente él quiere ver. ¿Por qué meter las narices?

- Bob, si encontramos cajas o fotos o carpetas... lo que sea, no voy a abrirlas y leerlas ni nada parecido. Sólo quiero saber qué hay ahí.

- No vamos a encontrar nada porque no vamos a abrirlo nunca más. ¿Qué? ¿Quieres que suba y le pregunte a mi padre? Porque tampoco lo haré.

Parecía que la conversación había terminado. Ordenamos las cajas y puse la cinta en el reproductor, pero antes de darle al play Kurt me interrumpió pidiéndome una última cosa.

- Puede que sea algo privado. Puede que metamos las narices donde no debemos, pero, ¿quién se enteraría? Nadie- Comenzó. Hubiera deseado que pidiera comida; prefería escuchar una teoría de Terry sobre peces voladores, pero Kurt insistía embrujado por la curiosidad. Lo interrumpí para dar fin al tema cuanto antes.

- Yo lo sabría Kurt, y eso ya es malo, no quiero entrometerme en cosas de mi padre.

- Pero, ¿y si no tiene nada que ver con tu padre? Puede que estuviera ahí, la trampilla y las manijas, pero ignoró las manijas y nunca supo nada de la trampilla.

- Mi padre reconstruyó toda esta casa, cambió el material de pilares y tabiques por otro más resistente. O eso es lo que yo pensaba, porque ahora veo que construyó un "sitio secreto" donde guarda algo privado en el que NO vamos a hurgar.

- ¿Tienes los planos?

- ¿Qué?

- Los planos de la casa. Si tu padre la reconstruyó seguro que pidió los planos para dedicarse personalmente en los bocetos y los planos de la reconstrucción.

No me gustaba nada a lo que Kurt se acercaba. La curiosidad puede ser muy peligrosa, y él estaba acostumbrado a llevar ese comportamiento inquisitivo hasta el final y conocer en profundidad qué es lo que hay detrás del telón. Pero esta vez el telón estaba en mi casa, en mi sótano. Su investigación infinita de todo lo existente dio un paso en mi casa. Era algo sumamente personal y de mi padre. Lo podía sentir, llevaba su nombre. Esa parte del muro que se deslizaba era el mismo muro que él pone a sus deseos y conocimientos más íntimos; deseos de los que yo conocía un ápice, conocimientos de los que yo poseía una cantidad diminuta de información, una ligera impresión que él me daba cuando hablábamos, pero que nunca llegaba a formular o constituir una idea en mi cabeza de lo que él escondía.

- Quieres ver los planos- Dije.

- Pues... me gustaría, hablando sinceramente.

- Se los pediré, mirarás lo que quieras y nunca más volveremos a hablar de esto.

- Sé el respeto que le tienes a tu padre Bob. Puedes creerme si te digo que yo le tengo más respeto todavía. Si descubro que es algo así como su "baúl de los recuerdos" o algo privado que le concierne sólo a él, no me interesará en absoluto hurgar o mirar dentro.

- Bien.

Si esto mataría el duende de la curiosidad que embruja y habita la cabeza de Kurt, entonces estaba dispuesto. Subí la escaleras y fui al salón. Mi padre no estaba. Subí al segundo piso y miré en su dormitorio. Tampoco estaba. La puerta de su despacho, o de la habitación que utiliza como tal, estaba entreabierta y se escuchaban voces. Antes de entrar salió Stacy y, sin cruzar una mirada siquiera, volvió a su habitación. Entré en el despacho y a la vez entró en mi nariz el olor a tabaco. No era un olor fuerte, fuma un tabaco suave al que creo que llaman "tabaco rubio", pero calaba intensamente dentro de mi nariz. Estaba sentado en el escritorio, hablando con mi madre del día siguiente.

- Papá- Dije.

- Bob, justamente pensábamos en ti. Mañana te quedas solo desde el mediodía hasta la noche- Me anunció.- ¿Te las apañas solo?

- Claro- Siempre me las arreglo yo solo pensé.

- Yo voy mañana al centro y no volveré hasta tarde.- Dijo mi madre saliendo de la habitación.- Tu hermana se va a casa de una amiga antes de almorzar.- Luego me acarició un poco el pelo y se fue.

- ¿Y bien? ¿habéis encontrado la película?- Preguntó Robert.

- Si, íbamos a verla ahora- Pensé unos segundos como pedírselo mientras él dejaba las cenizas en el cenicero de un golpecito y daba otra calada al cigarro.- Papá ¿Tienes los planos de la casa?

- Por supuesto ¿Qué quieres ver en los planos?- La pregunta me sacó por un momento todo oxígeno del cuerpo, pero volvió de golpe lleno de humo de tabaco.

- Es Kurt.- dije rápidamente sin mucho sentido.- Es que quiere ver el espacio que se ahorra sin la escalera que da al jardín, creo que sus padres quieren hacer obras.

Robert dejó el cigarro en el cenicero descansando, se levantó y abrió un pequeño armario lleno de tubos.

- Dile que las obras puede dejarlas a cargo de mi empresa, y seguro que serán mucho más baratas y rápidas- Dijo sonriendo orgulloso mientras buscaba leyendo etiquetas en las tapas de los tubos.

Me entregó el que ponía "Reformas de casa" en la tapa y volvió al escritorio. Estaba rodeado de hojas con cálculos, bocetos, fotos de edificios debajo de regla y escuadra, lápices y un compás en el borde amenazando con caerse.

- Mucho trabajo- Dijo mirando como inspeccionaba la mesa.

- ¿Cuáles son los divertidos?

- ¿Los bocetos? Pues los que no tenga que revisar y examinar para estudiantes. Los míos son los divertidos- Dijo sonriendo.- Los innovadores tampoco son tan aburridos.

- Te dejo aburriéndote solo. Gracias- Dije y me fui cerrando lentamente la puerta.

Bajé los dos tramos de escaleras y al llegar al sótano me paré a observar a Kurt, que con ojos bien abiertos, sentado en el sofá, miraba hacia la pantalla negra de la televisión sin percatarse de mi existencia. Absorto en sus pensamientos o comunicando a su otro planeta informes sobre los humanos. ¿Quién sabe? A modo de venganza esperé varios segundos. Minutos. Con un leve espasmo volvió al mundo y me miró abriendo y cerrando los ojos con fuerza, aclarándolos después de tenerlos abiertos tanto tiempo.

- ¿Cuánto llevas ahí?- Preguntó titubeando.

- No es una sensación muy buena que te espíen así, ¿verdad?

- Estaba... Sólo ordenaba lo ocurrido. Y yo no espío a nadie.

- Si, claro. Y yo sólo te dejaba pensar en paz- Dije sentándome a su lado en el sofá. - Aquí están los planos, míralos rápido y ponemos el episodio seis.

Solté el tubo en la mesa, me acomodé en el sofá dispuesto a esperar y Kurt empezó a sacar y abrir los grandes planos. Distendidos al completo sobre la mesa, esta casi desaparecía. Había tres planos de color celeste, del segundo piso, del primero y del sótano, cada uno con su respectivo boceto en miniatura. Kurt

enrolló los demás, los guardó en el tubo y puso el del sótano en el centro de la mesa. Lo miró un rato y me dijo que, como él sospechaba, no había tuberías que bajaran al sótano. La intriga me encorvó hacia el gran papel celeste y me obligó a observar junto a Kurt.

- ¡Mira!- Llamó mi atención Kurt, señalando con el índice la esquina donde se situaba la trampilla dibujada en el boceto.

- No veo nada. Además, ese no es el plano general, es el boceto.

- ¡Con más razón todavía!- Exclamó mirándome. - Algo así yo no lo agregaría a los planos celestes. Límpiame las gafas y mira bien en la esquina. Hay una parte borrada.

En efecto, después de limpiarme las gafas, pude observar con más claridad un dato que, en realidad, aborrecía conocer. Había líneas hechas a lápiz marcadas en el papel, que a pesar de haber sido borradas se aferraban con una fuerza casi imperceptible. Pero ahí estaban, era algo que no podía negar. Kurt levantó el boceto para ponerlo a contraluz de la bombilla y vimos perfectamente que un rectángulo habitaba la esquina de mi sótano. Alguien lo dibujó, lo construyó y lo mantuvo en secreto. Y ese alguien no era otro que mi padre.

- Bueno- Dije al fin. - Teníamos razón, lo construyó mi padre y lo mantuvo en secreto.

- No necesito saber más. Aunque mi curiosidad me pica mucho más que nunca- Se sinceró Kurt, aunque yo eso ya lo sabía de sobra.

- Hasta aquí llegan nuestras manos- Dije construyendo un punto a una conversación que deseaba acabar.

Kurt enrolló los planos y los metió en el tubo, dejó el tubo sobre la mesa y se sentó en el sofá para quedarse mirando a la nada, como una estatua que graba en sus ojos todo lo que ocurre a su alrededor, pero que nunca interviene. Si Kurt pudiera giraría las manijas, abriría la luminosa trampilla y miraría lo que hay dentro en pleno gozo, matando a su amiga la curiosidad, o compartiendo con ella el triunfo. Pero yo no le dejaría hacer algo así con cosas de mi padre, y Kurt, por pura cortesía, a sí mismo se lo impedía.

- ¿Vemos el episodio seis?- Pregunté sin razón, pues, ¿quién no querría verlo llegado hasta ese punto?

- No- Dijo Kurt con tono apenado-, Al menos yo no, tengo que irme.

Me miraba señalando el reloj, diciéndome con sus ojos: "Tengo un estúpido horario que respetar".

- Vaya... Esperaré a mañana para verlo contigo entonces.

Con mis últimas palabras nos levantamos al unisono y subimos las escaleras. Con un gesto le indiqué a Kurt que saliera fuera y yo subí rápido a devolverle a mi padre el tubo con los planos. Él no estaba en su despacho. Dejé el tubo con los planos sobre su mesa de trabajo para que él lo pusiera en su sitio cuando regresara y bajé las escaleras.

La puerta de mi casa estaba entornada. Sólo por un resquicio que me separaba del exterior entraba la luz celeste de las farolas. Me quedé por un momento congelado, pensando que en cualquier esquina de mi casa podría existir otra trampa que comunicara a otro sitio secreto. ¿Cuántas trampas habría construido mi padre? Y, ¿Qué escondería en ellas? Parado en el recibidor sentí un escalofrío proveniente del más profundo de mis miedos. Yo dormí al lado de una de esas trampas, veía películas compartiendo habitación con esa trampa. Abrí la puerta y vi a Kurt esperándome descansando los brazos cruzados encima de la valla blanca. No podía dejarle ir.

Cuando estuve a tres pasos de la valla Kurt empezó a hablarme:

- Si quieres puedes verla tú solo, no hace falta que esperes a mañana. Entendería perfectamente que quisieras ver el episodio seis hoy, más aún despu...

- Tienes que quedarte a dormir- Lo interrumpí.

Kurt arqueó una ceja. Dejo de descansar en la valla y se puso firme. No esperé a que hablara.

- No quiero dormir con eso ahí. No quiero ni ver películas ahí.

- ¿Tienes...- Me preguntó señalándome y entrecerrando los ojos- ¿Tienes miedo?

- Si.

La respuesta no le hizo gracia. No le dio pena. Tampoco ningún sentimiento perceptible a simple vista. Permaneció señalándome unos segundos, luego miró al

suelo paulatinamente con un movimiento muy lento, igual que su dedo, siguiendo el compás de su vista. Se quedó pensando unos segundos.

- La verdad... La verdad es que yo también tendría miedo- Dijo tomándose su tiempo. - No sé cómo le caerá esto a mi madre, pero yo... Yo también tendría mucho miedo. Porque... ¿Quién sabe lo que hay ahí? ¿No?- Dijo sonriendo.

- Oye Kurt, ¿te quedas a dormir o no?- Apuré.

- Claro. Como no, yo encantado. Bueno, esperemos que mi madre no monte un lío.

La conversación paró ahí. Abrí la valla y salí fuera. Kurt caminó a mi lado pensando todavía. Las noches seguían siendo cálidas, calurosas, queriendo engañarnos, pero todos sabíamos que el verano ya llegaba a su fin. No había coches en las calles, esta parte del pueblo no se aglomera de coches, no nos ahogan los ruidos. En varios tejados había parejas y grupos de personas tumbadas mirando el cielo. Yo lo hice una vez con mucha ilusión, aclaré mi mente y me llevé a la cama muchas reflexiones y picaduras de mosquitos, por eso nunca más subí a tumbarme en el tejado las noches de verano.

Cruzamos a la siguiente manzana y Kurt volvió a la vida:

- Ahora que lo dices tengo un poco de miedo yo también- Se sinceró. - La curiosidad y el miedo a veces van de la mano.

- ¿Tu madre te dejará quedarte?- Cambié de tema.- Con la cantidad de normas que te impone...

- ¿A tus padres no les importa?

- No. Tú les caes muy bien, ya lo sabes.

- Espero que me dejen.

Llegamos a la puerta de su valla, también blanca como la de mi casa y me dijo que esperara fuera. ¡Bien por mi! La verdad es que de su familia sólo me cae bien su hermano y su abuelo. La madre de Kurt me mira con mala cara, y su padre pregunta continuamente cosas sin sentido con aires envidiosos y, a veces, preguntas muy incómodas, pero creo que lo hace sin darse cuenta. De las pocas veces que he visitado la casa de Kurt, me he llevado buenas impresiones y anécdotas de su abuelo. Me contaba con melancolía como era la vida campestre antes de que reconstruyeran el pueblo,

insultando a todos los nuevos edificios, alcaldes y constructores. Creo que no sabe que mi padre es arquitecto, aunque no me ofendo cuando habla así de el progreso arquitectónico, lleva mucha razón. "Pronto viviremos en ratoneras. Cada uno en una caja con cama y retrete, ya verás", me decía.

Me imaginé de mayor viviendo en un edificio blanco y cuadrado como las casas de mi sueño. Un edificio blanco lleno de ventanitas, la única ventanita de cada habitación, donde yo dormía en una cama estrecha hecha a mi talla, en la que si giraba mi cuerpo o cambiara de postura me caería y, con muy poca suerte, me daría de morros con el retrete. Sentí nauseas.

Kurt salió con una bolsa de su casa y abrió la puerta de la valla con una sonrisa.

- Puedo quedarme- Su tranquila sonrisa se desvaneció y la expresión de su cara mutó frunciendo el ceño. - ¿Pasa algo?

- No, nada. Vamos a ver Star wars de una vez- Contesté rápidamente. Kurt notó lo nauseabundo en mi expresión, o quizás, lo repugnante que sería vivir en una ratonera.

Volvíamos a mi casa imaginando que pasaría en el siguiente episodio de Star wars. Incluso hacíamos conjeturas de un séptimo episodio en el que C3PO se revelaría contra la república, pero antes de llegar la charla se vio interrumpida por un tercer interlocutor. El enorme san bernardo de mis vecinos, apoyado sobre sus patas delanteras en la valla, nos ladraba. Pero no era un ladrido en toda regla, no era un continuo sonido molesto y amenazador común en los perros, este dejaba un tiempo entre cada palabra. ¿Palabra? Más que un ladrido era algo un poco más evolucionado, tanto que me llego a sonar lo más parecido a una palabra. Kurt se quedó mirando igual que yo mientras aminorábamos la marcha.

- ¿Lo escuchas? ¿Oyes como nos "ladrulla"?- Preguntó Kurt.

- ¿Qué? ¿Ladrulla?- Primera vez en mi vida que escuchaba esa palabra. - ¿Es un término científico Kurt?

- No. La palabra me la he inventado yo.

- Bien. Ahora tiene más sentido- Retomé la marcha.

Kurt me siguió lentamente y el San Bernardo seguía "ladrullándonos" como definiría Kurt.

- Te aseguro que ese perro intenta hablarnos- Dijo, Y, sinceramente, no era una idea tan descabellada.

- No lo niego, pero tampoco le entiendo.

Conseguí despejar mi mente sumergido en la película, y Kurt, a simple vista parecía también muy atento y concentrado. Cenamos un estofado de carne, patatas, zanahorias... Lo normal, la comida de mi madre es "Comida sin imaginación" como yo la llamo, pero eso no quita que estuviera todo delicioso. Vaciamos dos tarrinas medianas de helado, una de chocolate y otra de menta, viendo el predecible final de Darth Vader: Asesinado por su hijo. Al final Han Solo es novio de Leia, cosa que no me pareció acertada y, la guinda del pastel, aparecen los fantasmas de Yoda, Obi-wan y Anakin.

Afloraron unas perfectas sonrisas en nuestros rostros cuando todo acabó con su especial música de créditos, y del resto de la película, que da bastantes esperanzas y deseos de un episodio más. La extensa duración (unas dos horas de puro entretenimiento) y la engorrosa cena nos dejó perezosos en el sofá. Pronto me invadió el cansancio junto a un adormecedor bostezo que Kurt me contagió. Decidimos dormir allí mismo. Bajé un colchón, una almohada y mantas livianas para Kurt.

- ¿Y tú?- Preguntó extrañado.

- Yo duermo muy bien en el sofá. Me he acostumbrado muy rápido a el.

Apagué la bombilla y un silencio perfecto adornó la oscuridad. Un silencio tan perfecto que empujaba a la imaginación y sus inexplicables e incansables reflexiones a explayarse a su antojo sobre el negro lienzo de penumbra. Pronto, antes de que me durmiera seguramente, Kurt habló:

- No puedo dejar a una lado la trampilla- Dijo sin ninguna entonación.

- Piensa que nunca la has visto.

- Eso es imposible Bob- Dijo rechazando mi consejo.- Es esa luz tan blanca lo que me inquieta, nunca había visto antes una luz tan blanca.

- Se perfectamente a donde quieres llegar, pero no va a suceder.

- Sólo sería un vistazo rápido, nada más.

El silencio volvió. Kurt esperaba la respuesta.

- Mañana lo pensaré mejor. Ahora mismo no quiero saber nada de esa trampa.

- De acuerdo.

Con esto finalizó la charla. Volvió el silencio y de la mano los pensamientos sin sentido y las reflexiones eternas. Yo tampoco pude dejarlo de lado completamente. La trampa, las manijas, la luz blanca; todo formaba un hecho de lo más extraño. Recordé una noche, con un grupo de amigos que Kurt desconoce, en la que paseando por las afueras del pueblo, casi a un lado del bosque, vimos a lo lejos, entre troncos de árboles, una luz muy blanca. Todo acabó de un modo bastante cómico: Eran los focos de una camioneta aparcada en medio del bosque. Yo no llegué a verla, pero mis amigos me dijeron que eran una pareja haciendo el amor. De todas formas hasta el momento estábamos atemorizados. Ahora, visto de otro modo, pienso que la luz era tan blanca por el hecho de que era de noche y, encima, en la profunda oscuridad del bosque. Pero la luz de esa trampa superaba al foco con creces en lo que albura se refiere. Era un fulgor impecable.

¿Qué escondes ahí papá? No había otra persona en el mundo que lo supiera. Él construyó eso para ocultar algo. Como siempre ocultando las cosas. Yo y mi padre somos amigos de distinta edad con algunas aficiones parecidas. Él fuma y se afeita, yo no tengo barba todavía y no pienso fumar en mi vida, pero los dos cuidamos de abejas en equipo. Habla de cosas del trabajo con compañeros de la oficina, hace cuentas con números raros y maneja reglas y escuadras de un modo que yo no entiendo y, aun así, tiene tiempo para jugar al ajedrez o ver películas conmigo. Para todos en esta casa es: Robert, el miembro de la familia que más amor y comprensión necesita si quiere descansar una tarde en silencio. El que recibe mayor atención si enferma. Pero también es el que más tiempo pasa solo. Incluso yo salgo más de casa con mi madre para visitar a sus amigos en el centro, o mi hermana cuando salen a hacer la compra. Mi padre se pasa horas en la oficina y

horas en el despacho de casa. Una vez, molestándolo, entré en su despacho y escondió rápidamente entre papeles un libro. Lo recuerdo perfectamente. Sabe que a mi no me interesan otros libros que no sean de botánica o apicultura, pero si él lo estaba leyendo sabía que me interesaría.

Pensé en las abejas por un momento. Ellas viven sin plantearse tantas preguntas y decisiones, ellas tienen un trabajo, un cometido impuesto. No duermen incómodas en sus celdillas pensando que una trampilla a su lado desprende una luz muy brillante y, muy pero que muy misteriosa.

¿Qué leías cuando te interrumpí? ¿Qué escondes detrás de la máscara de arquitecto que trabaja las veinticuatro horas? ¿Hacía falta una trampilla para ese "algo" que guardas ahí? Me di cuenta de que eran demasiadas preguntas que nunca se responderían por sí solas. Necesitaba abrir esa trampilla, no hacía falta Kurt para girar las manijas, quería hacerlo yo mismo si hiciera falta.

- Kurt- Dije sin pensarlo más veces.

- ¿Si Bob?- Contestó desde la penumbra una voz áspera, adormecida.

- Mañana abriremos esa trampilla y veremos lo que hay dentro.

- Estoy totalmente de acuerdo.